

EL SILENCIO EN HERÓDOTO Y TUCÍDIDES

SILENCE IN HERODOTUS AND THUCYDIDES

Álvaro Pizarro Herrmann

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

alvaro.pizarro@pucv.cl

Resumen: este artículo trata acerca del silencio en Heródoto y Tucídides. Pretende, a través de los relatos de estos historiadores, categorizar distintos contextos en los que el silencio aparece. Los temas que aborda son: la libertad de expresión, el silencio como estrategia política, el tirano impone silencio, el silencio y la guerra, y el silencio por miedo. Mediante el análisis de un léxico relativo al silencio y sus apariciones en los textos, se concluye que el silencio puede ser entendido como una herramienta estratégica tanto en un orden político como personal.

Palabras clave: silencio, Heródoto, Tucídides, estrategia política, tirano.

Abstract: This article is about silence in Herodotus and Thucydides. It aims, through the stories of these historians, to categorize different contexts in which silence appears. The topics it addresses are: freedom of speech, silence as a political strategy, the tyrant imposes silence, silence and war and silence out of fear. Through the analysis of a lexicon related to silence and its appearances in the texts, it is concluded that silence can be understood as a strategic tool in both a political and personal order.

Keywords: silence, Herodotus, Thucydides, political strategy, tyrant.

Cómo citar este artículo/Citation: Pizarro Herrmann, Álvaro 2023: «El silencio en Heródoto y Tucídides», *Grecorromana* V, pp. 18-30.

Recibido: 4/10/2023

Aceptado: 28/10/2023

1. *El silencio y la libertad de expresión*

El silencio es algo enigmático y ambiguo para el ser humano, y es esta una de las razones por las cuales no es posible definirlo única y exclusivamente como una ausencia objetiva de ruido, ni tampoco a partir de puras consideraciones físicas. En realidad, el silencio es un fenómeno que se determina y entiende en función de la intencionalidad de

un sujeto que intenta descifrar el significado del mundo. En ese sentido, no es un simple hecho puro, es decir, el contenido del silencio existe para un sujeto que pretende interpretar un tipo de realidad¹, por ejemplo, la que tiene relación con el discurso humano.

El silencio puede ser entonces uno de los elementos del discurso humano, y según el caso uno de sus modos predilectos. Al formar parte del discurso humano, el silencio puede transformarse en una orden directa que debe cumplirse. Pero no es cualquiera el que comunica el mandato de guardar silencio: por lo general es un individuo de mayor rango, por ejemplo, un rey, tirano, estratega o político de renombre el que ordena guardar silencio, aunque también puede ser el caso de una relación entre iguales, o casi iguales, como se verá a continuación. Indudablemente que esto plantea un problema de jerarquía: uno es el que manda a guardar silencio; otro es el que acata la orden. Según esto, lo importante no es tanto quién o por qué razón se da la orden de guardar silencio, sino más bien la motivación por la que se obedece o no al silencio. Entonces ¿qué motiva realmente a un ser humano a guardar silencio? ¿Todos tienen derecho a hablar? Para Heródoto el término ἰσηγορίη², que expresa la idea de tener «la misma capacidad para hablar» y la de «la igualdad de derechos», es un sinónimo de democracia. Es más, es muy probable que la libertad de expresión haya formado parte importante del pensamiento político de Heródoto³. Pero ¿qué sucede cuando se encuentran dos reyes que pertenecen a culturas distintas y que tienen diferentes concepciones políticas?

La manera en la que aparece la libertad de expresión en Heródoto es sugestiva, ya que evidencia una restricción respecto de lo que se puede decir. El historiador describe las extraordinarias circunstancias en las que iba a ser sacrificado el rey lidio Creso por orden de Ciro⁴. La leyenda en sí y el diálogo entre los gobernantes tienen una serie de aspectos filosóficos, religiosos y morales. El resumen de la historia es el siguiente: los persas se apoderaron de la ciudad de Sardes y tomaron preso a su rey Creso. Después de tenerlo como prisionero, Ciro mandó a que el rey lidio fuera quemado en la pira. En esa situación, Ciro recordó la sentencia de Solón de que ningún mortal es feliz (μηδένα εἶναι τῶν ζωόντων ὄλβιον)⁵, y luego pronunció entre suspiros su nombre. Como no se escuchó claramente lo que quiso decir, Ciro ordenó que repitiera nuevamente sus palabras. En un comienzo guardó silencio (σιγήν), pero luego reveló que había conocido a Solón, quien no solo menospreció su riqueza, sino también a todos los que se consideraban prósperos⁶. Ciro, al escuchar la explicación de Creso, decidió cambiar de opinión, y ordenó apagar el

¹ Solère 2005, p. 615.

² Hdt. 5.78.

³ Hohti 1974, p. 20.

⁴ Hdt. 1.82.

⁵ Hdt. 1.32 y ss., donde se desarrolla la idea de que la felicidad humana es efímera, entre otras razones, porque los dioses celosos así lo desean. Shapiro 1996, p. 350 n. 14, señala: «El concepto de φθόνος θεῶν refiere en Heródoto a la intervención divina en los asuntos humanos con el fin de preservar la adecuada proporción entre los dioses y los hombres».

⁶ Según Shapiro 1996, p. 362, el discurso de Solón tiene implicaciones para la interpretación de la obra, particularmente en lo que respecta a aquellos temas que se refieren al ascenso y la caída de los imperios. El discurso de Solón proporciona los fundamentos teóricos para el conocido motivo del «consejero sabio», en el que un hombre sabio da consejos a una persona a punto de tomar una decisión importante.

fuego; sin embargo, el fuego no se extinguía. Para fortuna de Creso, un aguacero apagó la hoguera. Ciro dedujo a partir de este hecho que Creso era un hombre valioso, y lo sentó junto a él. Creso permanecía tranquilo, y al contemplar cómo los persas saqueaban la ciudad de los lidios le preguntó a Ciro si debía decirle lo que pensaba, o callar (...ἢ σιγᾶν); una pregunta que evidencia que el silencio puede ser una forma de respeto o reverencia. Pero Ciro le ofrece hablar, y Creso describe el saqueo de Sardes. El propósito de la pregunta de Creso es, por una parte, justificar su propia visión y, por otra, dar cuenta de que él conoce a Ciro. Además, es el comienzo de una discusión en la que Ciro reconoce el valor de los consejos de Creso. El resultado del diálogo es que Ciro promete a Creso entregarle lo que él desee. Es importante notar que Creso se ve a sí mismo como un esclavo de Ciro⁷; de hecho, lo denomina «amo»⁸. La actitud de Ciro no parece servil sino sincera, y el valor de su punto de vista le da derecho a hablar⁹. Si Creso no habla, reconoce su condición de esclavo frente a Ciro, pero el rey persa lo ve como a un igual y por esa razón le permite hablar o que no guarde silencio.

El tema de la limitación de la libertad de expresión se presenta sobre todo en contextos que se refieren al imperio de los persas¹⁰, y en este caso particular tiene que ver con lo que sucedió antes de la famosa batalla de Salamina en la que los atenienses y sus aliados resultaron vencedores por causa de la brillante estrategia de Temístocles. La historia que refiere Heródoto señala que una voz divina salvó a los griegos¹¹. Demarato – depuesto rey espartano residente en Persia¹²– junto con Diceo –también desterrado en Persia– vieron que una nube de polvo salía de Eleusina, y oyeron una voz (φωνῆς ἀκούειν). Demarato, que no conocía sobre los misterios de Eleusis¹³, le preguntó a Diceo qué significaban esas voces¹⁴. Este le respondió que caería una maldición sobre el ejército de Jerjes, ya que como el Ática estaba vacía, era evidente que la voz de un Dios (θεῖον τὸ φεγγόμενον) de Eleusis iría en ayuda de los atenienses y sus aliados. La ayuda divina podría perjudicar al ejército de Jerjes no solo por tierra, sino sobre todo a su armada naval que se dirigía a Salamina. Sin duda que Diceo interpreta la voz del Dios de Eleusis como un mal presagio para los persas¹⁵. Demarato, por su parte, le prohíbe a Diceo que relate

⁷ Hdt. 1.89.

⁸ Hdt. 1.90.

⁹ Hohti 1974, p. 20.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Hdt. 7.65 y ss.

¹² Boedeker 1987, p. 186, señala que las historias que involucran al rey Lacedemonio Demarato, como muchas en Heródoto, tienden a ser anecdóticas, además de inconexas e incompletas.

¹³ En los misterios eleusinos los iniciados contemplaban una luz extraordinaria que nunca olvidarían en su vida. Lo que veían sigue siendo controversia para los estudiosos modernos. Véase Clinton 2004, p. 85 y ss. Al comienzo de los ritos sagrados en Eleusis, un heraldo «ordenaba silencio». Supuestamente los iniciados debían mantener un silencio absoluto con respecto a lo que habían visto y oído durante su iniciación. Agamben 2012, p. 95.

¹⁴ Se puede interpretar que esas voces son, evidentemente, un tipo de signo o señal. Burkert 2017, p. 272, entiende que los signos en la religión «funcionan para cubrir la distancia entre el mundo y el individuo, aun cuando siempre son intermediarios e incluso pueden obstruir accesos más directos. Los signos vienen del exterior, pero toman significación de la psique viviente; se refieren a una realidad que representan en relación con el receptor».

¹⁵ Hohti 1974, p. 20.

esta historia a cualquier persona y lo hace callar (σίγα) frente a todos, de manera que limita su capacidad de expresión (no se puede desconocer en este contexto que el silencio tiene cierta relación con lo sagrado). Diceo debe guardar ese relato como una especie de secreto, pues si Jerjes se llega a enterar lo mandará a asesinar. Se entiende entonces que el problema de la libertad de expresión puede tener consecuencias fatales. Ahora bien, es extraña la posición de Demarato ya que tenía cierta influencia como consejero de Jerjes. En todo caso, es probable que el propósito de Heródoto no sea mostrar la humillación de Demarato¹⁶. Esto significa que el punto principal de la historia radica en el énfasis de la advertencia como una anticipación. Heródoto ya ha señalado que Demarato es uno de los consejeros que puede influir en Jerjes. Lo que ahora sucede es que el presagio y su interpretación son vistos como algo tan grave que incluso el mismo Demarato no es capaz de defenderse de la ira de Jerjes si alguien le cuenta el relato de Diceo. En realidad, con la prohibición que le hace Demarato a Diceo, el historiador destaca el valor del presagio. Incluso después del discurso se establece que los persas podrían haber previsto el destino de su flota según el augurio¹⁷.

En las conversaciones entre Jerjes y Demarato durante la invasión de Grecia, se plantean algunas preguntas que tienen que ver con el propósito de determinar la veracidad y sinceridad del consejo de Demarato¹⁸. El rey persa necesita saber si los griegos son capaces de oponerse a su poderío, y como Demarato era griego de origen podía informar muy bien. Demarato le responde a su amo si debe hablar con la verdad (ἀληθείη) o halagarle. Jerjes le permite hablar con sinceridad. El relato que proporciona Demarato de los griegos destaca en exceso su valentía y el poder. Sin embargo, Jerjes le baja el perfil al discurso de Demarato hasta el punto de burlarse de él. Y es por eso que Demarato decide guardar silencio (σιγᾶν). El relato de Heródoto tiene entonces la siguiente secuencia: Jerjes le permite hablar a su súbdito; Demarato se expresa con absoluta sinceridad; el rey persa se burla de su relato; Demarato decide guardar silencio, a pesar de que se le había permitido hablar con absoluta franqueza¹⁹.

En el siguiente diálogo entre Jerjes y Demarato, Heródoto describe que los persas han llegado a las Termópilas y que el rey persa no puede creer que los espartanos se estén preparando para enfrentarse a él. Demarato insiste en que ha dicho la verdad sobre los espartanos. Jerjes le pregunta al ex rey espartano cómo podría superar a tales guerreros. Demarato le dice al rey que divida su flota y ataque al Peloponeso desde la isla de Citera. En este punto de la conversación, Aquemenes, el hermano de Jerjes, interviene para acusar a Demarato de traición. Jerjes le dice a Aquemenes que no desacredite a Demarato. Aunque Jerjes sigue la opinión de Aquemenes, esto no implica en absoluto una hostilidad hacia Demarato. De hecho, el rey persa termina afirmando su confianza en él y considera que favorece sus intereses, en especial por los juicios anteriores que ha esgrimido Demarato hasta la fecha. Es probable que Jerjes sostenga su punto de vista de una manera

¹⁶ Hohti 1974, p. 27.

¹⁷ Hdt. 8.65.

¹⁸ Boedeker 1987, p. 195.

¹⁹ Hdt. 7.104.

familiar para todos los griegos, ya que agrega que un compatriota (ξείνος) –término que se aplica no solo a los extranjeros sino también a personas o estados que están unidos por un tratado o ligados por alguna clase de hospitalidad²⁰– siempre proporciona el mejor consejo a su conciudadano y no lo envidia de la manera en que los ciudadanos suelen envidiar la suerte de sus conciudadanos, ni es hostil con su silencio (ἔστι δυσμενῆς τῆ σιγῇ)²¹. Esto significa que Jerjes, aunque no acepte los consejos de Demarato, lo admite como a un igual y su silencio también debe ser respetado.

La libertad de expresión tiene diferentes matices. El rey persa Jerjes antes de tomar una decisión podía consultar a una junta o consejo, por lo menos en teoría. Tras la conquista de Egipto, Jerjes decide atacar a sus enemigos más enconados, los griegos²². Lo que impulsa a Jerjes contra los griegos son fundamentalmente siete motivos: piedad filial, religión, venganza, justicia, lucro, honor y ambición; es decir, lo que motiva a la mayoría de los gobernantes y tiranos. Y para comunicar sus planes de ataque convocó a un consejo privado (σύλλογον ἐπίκλητον)²³ en el que participaron los jefes o principales hombres persas (Περσέων τῶν ἀρίστων). La idea del rey persa era conocer qué pensaban acerca de atacar a los atenienses. Se debe tener presente que en todas las situaciones Jerjes le pregunta a una sola persona su opinión para que hable, y el problema radica en si el consejero debe decir o no lo que verdaderamente piensa acerca de la materia que se discute²⁴. En este caso particular, es el consejo el que puede influir supuestamente en su decisión de atacar o no a los griegos. Una vez que Jerjes ha expuesto su pensamiento, lo somete al juicio de los demás y permite que quien desee manifestar (ἀποφαίνεσθαι) su opinión (γνώμην), lo haga. Entre los participantes, Mardonio levanta la voz y alaba las razones que esgrimió Jerjes para atacar a los griegos. Se puede interpretar que Mardonio representa la opinión de los súbditos en un sentido estricto, es decir, son ellos quienes no se van a oponer a lo que planea Jerjes. De hecho, la positiva reacción de Mardonio crea una situación en el ambiente en la cual los demás no saben si deben expresar su opinión. Como los demás persas guardaban silencio (Σιωπόντων δὲ τῶν ἄλλων Περσέων), sin atreverse a revelar un sentir diferente o contrario a lo que había sido propuesto y planeado por Jerjes y Mardonio, Artabazo decide hablar. Debe consignarse que Artabazo era el principal consejero de Jerjes, sobre todo después de la discusión acerca de la expedición en tierras griegas. Y en la Antigüedad el consejero sabio era una figura muy importante en la concepción de Heródoto de la historia, que mediante un oráculo, sueño o presagio entregaba su consejo al rey²⁵. Mardonio, por su parte, representa la opinión de la mayoría, por lo tanto no se va a oponer a lo que Jerjes plantea. Por el contrario, Artabazo tiene otra

²⁰ LSJ 1996, s. v. ξείνος.

²¹ Hothi 1974, p. 25.

²² Hdt. 8.24.

²³ LSJ 1996, s. v. ἐπίκλητος.

²⁴ Hothi 1974, p. 21.

²⁵ Lattimore 1939, p. 24.

relación con Jerjes; es su consejero «trágico»²⁶ (anunció varias tragedias sobre el imperio persa) y, en este caso particular, el principal, entonces tiene derecho a expresar lo que piensa. De modo que aquí se refleja la relación esclavo-déspota (los súbditos de Jerjes y Mardonio), en contraste con el monarca y su consejero principal Artabazo. Esta oposición se ve reforzada por el hecho de que Artabazo se atreve a expresar lo que piensa (sobre todo por la relación cercana que tenía con Jerjes, quien posteriormente lo nombró regente del imperio persa durante la ausencia de su campaña), a pesar de que es consciente del poder del rey persa²⁷.

En otro lugar, es Mardonio el que adquiere un rol fundamental y por orden del rey (ἐκ βασιλέως) tiene el mando supremo del ejército, no Artabazo²⁸. Mardonio está decidido a atacar a los griegos, y para llevar a cabo su plan decide convocar a los jefes de sus unidades de combate y a los generales griegos que formaban parte de su ejército. Mardonio les preguntó si sabían de algún oráculo (λόγιον) que anunciara la destrucción de Grecia. Como todos guardaron silencio (Σιγώντων) ya que no tenían la confianza (ἀδείη)²⁹ para hablar (τὸ λέγειν), Mardonio decide entregar su interpretación del oráculo según la cual no se debe atacar el santuario de Delfos, pues sería la perdición de los persas. De lo anterior se entiende que Mardonio representa el poder –como Jerjes–, y quienes lo escuchan tienen la condición de súbditos, de modo que no pueden expresar libremente lo que piensan.

Pero en algunas ocasiones los que se encuentran en una situación de poder que no es favorable o inferior, pueden hablar. Lo que significa que a veces el silencio no se puede contener, o en determinadas circunstancias la censura a la libertad de expresión no es posible y la persona dice lo que realmente piensa; en especial cuando considera que hay valores o ideales supremos, como la virtud. De acuerdo con Heródoto, los griegos vuelven a mostrar su carácter virtuoso cuando los persas se despliegan por la Grecia Central³⁰. Al avanzar los persas por territorio griego, en la segunda Guerra Médica, se encuentran con unos desertores arcadios, quienes son conducidos hasta Jerjes. Un portavoz del rey les pregunta qué estaban haciendo los griegos, y estos le señalan que se encontraban celebrando los Juegos Olímpicos, cuyo único premio consistía en una corona de olivo. Al escuchar esta respuesta, el persa Tritantemes –un súbdito de Jerjes– no puede guardar silencio (σιγῶν) acerca de lo que realmente piensa sobre los griegos. Tritantemes considera que es admirable que los griegos no compitan por dinero (περὶ χρημάτων) sino por honor (περὶ ἀρετῆς). Pero al rey persa no le agradan las palabras de su súbdito y lo tilda de cobarde, por lo tanto, lo censura.

Como se señaló más arriba, el problema de la libertad de expresión se limita por lo general a contextos en los que aparecen los persas. Pero el caso de Temístocles es

²⁶ Lattimore 1939, p. 24, señala que hay dos tipos de consejeros sabios en Heródoto: uno es el consejero «trágico», representado sobre todo por Artabazo; el otro es el consejero «práctico», representado por Mardonio.

²⁷ Hóti 1974, pp. 23-24.

²⁸ Hdt. 9.42.

²⁹ LSJ 1996, s. v. ἀδείη.

³⁰ Hdt. 7.26.

controvertido, ya que fue un griego que luchó contra los persas y luego terminó exiliado en la corte del rey persa Artajerjes. Antes de estudiar cómo se introduce la idea del silencio, es preciso advertir sobre la imagen negativa que tuvo Heródoto del estratega griego. Heródoto narra la manera en que Temístocles intenta convencer a Euribíades – jefe de la flota– que la batalla contra los persas se desarrolle en Salamina. Pero al corinto Adimanto no le parece que Temístocles exprese su opinión y ordena que se calle (σιγᾶν), pues como hombre sin patria (μὴ... πατρις) ni ciudad (ἀπόλι) no tiene derecho a voto. Lo que significa que no puede decidir qué hacer en el caso del ataque del imperio persa. El punto es que Temístocles, como ya no representa a una ciudad, tampoco tiene derecho a hacer una moción³¹. Entonces el problema que se presenta es que, a un personaje controvertido como Temístocles, sobre el que existía una visión positiva y otra negativa en la Antigüedad, no se le permite expresar su opinión porque es un hombre desterrado y debe permanecer en silencio; en estricto rigor no «tiene derecho ni a voz ni a voto». A pesar de esta restricción, Temístocles expresa finalmente su opinión y su plan es escuchado y ejecutado con éxito por la coalición griega³². La idea de Temístocles de librar la batalla en Salamina no convencía a todos griegos, porque estaban asustados, aunque no temían tanto por sus propias vidas como por la suerte del Peloponeso. Es por eso que se reunieron algunos soldados entre sí y murmuraron en voz baja (σιγῆ), extrañándose de la insensatez de Euribíades, quien deseaba combatir a los persas por tierra. De manera que Heródoto emplea aquí el término σιγή para denotar el acto de guardar silencio o abstenerse de hablar, lo que significa que los soldados inicialmente no participaron en la discusión, pero en vista de las circunstancias se deciden finalmente a hablar el tema en la asamblea³³.

2. El silencio como estrategia política: la verdad debe ocultarse

¿Por qué el silencio en vez de la palabra? La historia es un buen testigo de que la verdad debe ocultarse si es que se desea tener éxito en un determinado objetivo político o, mejor dicho, ese objetivo político se alcanza únicamente si se conserva el silencio. De acuerdo con esto, el silencio puede ser una especie de astucia o estratagema que se emplea de manera intencional para obtener un cierto resultado.

Heródoto refiere la historia del general ateniense Temístocles que envió una barca con unos hombres en quienes confiaba plenamente que callarían (σιγᾶν) lo que les había

³¹ How 2007, p. 676. La idea de que el desterrado o sin patria no tiene derechos es un tema que reaparece en la literatura de la época. Para Sófocles, el expatriado (ἄπολις) tampoco tiene derecho a participar en actividades cívicas (Sof. *Ant.* 370). Aristóteles señala algo similar: el ciudadano es el que participa de «la función deliberativa o judicial» (Arist. *Pol.* 1275 b 21).

³² También se debe tener en cuenta el testimonio de Plutarco que, aunque tampoco es plenamente confiable, arroja alguna luz sobre la vida de Temístocles. Plutarco en las *Vit. Caes.* (28) afirma que Temístocles, al conocer al rey persa Artajerjes, se arrodilló (προσκυνήσας), y luego se quedó de pie, en silencio (σιωπη). El gesto de prosternarse ante reyes y superiores es una costumbre Oriental (LSJ 1996, s. v. προσκυνέω).

³³ Hdt. 8.74.

confiado decir al rey persa, aunque fueran torturados. Entre los hombres que acompañaban a Temístocles, iba su criado Sicino³⁴. Una vez que los enviados llegaron al Ática, los emisarios se quedaron en la nave, a excepción de Sicino, que era el encargado de entregar el mensaje a Jerjes. Sicino le señaló a Jerjes que Temístocles logró contener a los griegos, de modo que el rey persa puede ahora marcharse junto a su ejército sin inconvenientes. En este caso particular, Heródoto emplea el verbo *σιγάω* para expresar la idea de que ciertos individuos conscientemente eligen permanecer en silencio o, mejor dicho, es un tipo de silencio que está motivado por el deseo de mantener la información oculta para cumplir con un fin político.

El historiador narra otra circunstancia que demuestra que el silencio es clave cuando se trata de tener una estrategia política respecto de los enemigos. El rey persa Darío I considera que el régimen de la oligarquía no es óptimo. De acuerdo con su criterio, como es más de un hombre el que está al servicio del pueblo en este tipo de sistema político, esto puede generar en la mayoría de los casos enemistades y disensiones. En realidad, lo que sucede en la práctica es que cada gobernante quiere imponer sus opiniones, por lo que se producen odios, desacuerdos y asesinatos. Finalmente, y por un proceso de «selección natural», queda un solo gobernante. Darío concluye que lo mejor es un gobernante único, si es que cumple la condición de ser un hombre virtuoso, pues solo él puede dirigir correctamente a su pueblo y mantener en secreto (*σιγῶτό*) las decisiones políticas que se deban tomar respecto de los enemigos³⁵.

Pero la narración más notable acerca de cómo el silencio puede ser un tipo de estrategia política que tiene por finalidad esconder la verdad, es la que describe Heródoto sobre Alejandro I, gobernante macedonio que planea toda una estrategia para vengarse de los persas. La escena que se relata es la del recibimiento de los embajadores persas en la corte macedónica por parte de Amintas I y su hijo Alejandro I³⁶. El general persa Megabazo, por orden de su rey Darío I, después de vencer a los peonios (griegos), envió a Macedonia una delegación con siete embajadores persas a la corte del rey Amintas para exigirle «la tierra y el agua»; una fórmula que supone tal vez la sumisión absoluta, o quizás un tipo de vasallaje, según interpretan algunos estudiosos³⁷. Amintas les proporcionó lo que le solicitaban, y los acogió de manera espléndida con un tremendo banquete, que en el mundo griego arcaico constituía el símbolo de una práctica que cimentaba los lazos de solidaridad y reciprocidad entre iguales³⁸. Los persas exigieron que además de las esposas se incluyera en el banquete a las concubinas o mancebas, petición que fue satisfecha a desgana por los macedonios. Una vez que las mujeres se sentaron junto a los persas, estos empezaron a tocarlas. Amintas, aunque estaba profundamente molesto por esta situación, permaneció impasible, sobre todo porque temía a los persas. Pero su hijo Alejandro I, ante el desagradable espectáculo, se enfureció

³⁴ Hdt. 8.110.

³⁵ Hdt. 3.82.

³⁶ Hdt. 5.19-21.

³⁷ Basile 2015, p. 188.

³⁸ Cf. Basile 2015, pp. 187-188.

y envió a su padre a que fuera a descansar. Amintas se dio cuenta de lo que tramaba, y lo conminó a que no hiciera nada y solo observara. Cuando Amintas se fue a descansar, Alejandro I les dijo a los persas, quienes ya se encontraban borrachos, que las mujeres estaban a su completa disposición. Eso sí, les pidió que esperaran un poco porque debían asearse antes de satisfacerlos. A continuación, Alejandro ordenó a unos jóvenes que se disfrazaran de mujeres y le entregó un puñal a cada uno. Cuando los persas se aproximaron a las mujeres, los macedonios los mataron. Posterior a esa masacre, los persas hicieron una investigación para saber quiénes habían sido los asesinos. Alejandro logró interrumpir las indagaciones mediante la entrega de dinero y de su propia hermana al jefe que comandaba la investigación, el persa Bubares. De esa manera no se investigó nada más y la muerte de los siete enviados persas se mantuvo en silencio (ἔσιγήθη), sin hablar más del tema³⁹. En realidad, lo que realizó Alejandro I fue «acallar» a los persas con obsequios. El hijo de Amintas I compró el silencio del persa Bubares a cambio de bienes materiales. A nivel político, la estrategia de Alejandro I consistió en comprar el silencio del jefe persa mediante un soborno ya que quería mantener una alianza de parentesco para que los vínculos con los persas no se rompieran de forma definitiva. Sin duda que este *locus classicus* de Heródoto muestra que la práctica de comprar el silencio de las personas es un acto corriente en la política y, por qué no decirlo, una costumbre inveterada en los seres humanos: la verdad debe ocultarse.

3. *El tirano impone silencio*

Para comprender por qué un tirano impone silencio es necesario entender el contexto más general, que en este caso tiene que ver con la historia de los festivales panhelénicos de la Grecia del siglo VI a.C. Es probable que la institución de los juegos o festivales para los griegos de esa época se haya vinculado con el desarrollo y crecimiento del espíritu panhelénico. A pesar de que los tiranos no crearon el panhelenismo, probablemente lo utilizaron a su favor. Una de las historias más importantes que se cuentan sobre el tirano Clístenes de Sición tiene que ver precisamente con el concurso que organizó para elegir al marido de su hija Agarista.

La historia que describe Heródoto sobre el cortejo de Agarista es fascinante, aunque se ha cuestionado su veracidad, al igual que muchas otras leyendas del historiador. Independientemente del valor histórico del relato, lo que señala Heródoto puede ser importante para conocer ciertos aspectos de la política de la época, pues el cortejo se llevó a cabo de manera grandiosa; en realidad fue un acto magnífico, característico de la política de los tiranos. Los pretendientes vinieron de lejos y de cerca, y posiblemente se puede deducir de este acto parte de las ambiciones políticas del tirano Clístenes.

³⁹ Hdt. 5.21.

También se debe tener presente que Clístenes pudo haber estado familiarizado con el famoso cortejo de Helena. Clístenes organizó el cortejo de su hija Agarista de manera semejante a las leyendas de la época pasada de los héroes. En realidad, esta clase de competición tiene que ver con «una antigua tipología de unión matrimonial en la que el padre de la novia busca realzar su prestigio por medio de la competición entre los diferentes pretendientes a la mano de su hija, y que, además, le sirve para atar alianzas de amistad con ellos mientras que éstos se hospedan en su casa»⁴⁰. De manera que el concurso de los pretendientes durante un año de residencia en la corte de Clístenes se organizó como un gran evento, destinado a destacar el poder de Grecia y del tirano de Sición.

Antes de dar el veredicto final sobre cuál va a ser el pretendiente que se quedará con la mano de su hija, Clístenes impuso silencio (σιγήν ποιησάμενος) frente a todos, y luego se encargó de elogiar a cada uno de los aspirantes a casarse con su hija⁴¹. Sin duda que el prestigio de Clístenes se realza con los soberbios regalos entregados a cada uno de los pretendientes que no obtuvieron la mano de su hija, mientras que el de Megacles (futuro yerno de Clístenes) y el de su familia se vio consolidado con su propio matrimonio.

Clístenes concede la mano de su hija al extranjero Megacles, de acuerdo con las leyes atenienses. Esto significa que el matrimonio con un extranjero era reconocido como legítimo por la ley ática. Esta ley estaba de acuerdo con el sentimiento general que existía en Grecia de que solo los descendientes de dos padres ciudadanos eran habitantes legítimos⁴². Los demás pretendientes, que no obtuvieron la mano de Agarista, quedaron de alguna manera comprometidos y obligados con el anfitrión Clístenes, ya que fueron agasajados en su corte y recibieron sendos regalos.

Se comprende entonces que el silencio que impone Clístenes a la multitud responde no solo a su condición de tirano o a su posición jerárquica superior, sino también a una estrategia claramente planificada y pensada: Clístenes necesita establecer ciertas alianzas para mantener su poder. De manera que el silencio en este caso es una especie de mecanismo de poder que ejerce Clístenes sobre los demás. En otras palabras, el poder es algo previo. Y el silencio se ubica en un lugar estratégico, ya que en primer lugar se realiza la organización del cortejo; a continuación, Clístenes hace callar a los presentes; finalmente, el tirano dicta el veredicto sobre quién será el marido de su hija. Ahora bien, se entiende que la decisión de Clístenes ya estaba tomada desde un inicio. Entonces el silencio es parte de una trama o espectáculo en el que todos participan y también son cómplices.

⁴⁰ González García 1995, p. 152.

⁴¹ Hdt. 6.130.

⁴² How 2007, p. 530. El mismo Aristóteles considera que el ciudadano se define, en la práctica, «como el nacido de dos padres ciudadanos», y no de uno solo, el padre o la madre (*Pol.* 1275 b 21)

4. *El silencio en la guerra y por temor*

En Tucídides el término *σιγή* no es muy usual, pero cuando lo emplea indica silencio o quietud en diferentes situaciones, como por ejemplo en el momento previo a la guerra. De hecho, el silencio puede entenderse como un tipo de estrategia que se utiliza en la guerra. Tucídides narra la manera en que el estratega Formión les ordena a sus soldados peonios que estén bien formados junto a las naves y prestos a obedecer, ya que la flota enemiga de los peloponesios se esconde muy cerca. Antes del combate, lo esencial consiste en poner mucha atención en el orden y el silencio (*κόσμον καὶ σιγήν*), ya que estos dos aspectos son esenciales en la mayor parte de las acciones de guerra y, sobre todo, en el caso de una batalla naval. El silencio puede, en este caso particular, incrementar la efectividad de los peonios que están sincronizados de manera adecuada para enfrentar al enemigo⁴³.

Heródoto describe una situación similar a la de Tucídides. En este caso es la flota persa la que tenía como propósito que los griegos no pudieran escapar: la idea era rodearlos en Salamina. Para cumplir con su objetivo, los persas desembarcaron en un islote próximo al sitio de la batalla con la idea de que, una vez que esta comenzara, pudiesen defenderse y, al mismo tiempo, destruir a los griegos. Los persas realizaron estas maniobras con sigilo (*σιγή*) para que sus adversarios (*οἱ ἐναντίοι*) no lo advirtieran. De hecho, se organizaron y prepararon durante toda la noche para el combate⁴⁴.

También el silencio puede anunciar una batalla inminente; es el caso en el que este fenómeno puede denotar una atmósfera especial. Tucídides relata que la trompeta (*σάλπιγγι*) tocó silencio (*σιωπή*) antes de la batalla; luego de eso los hombres tienen que rezar y recitar plegarias⁴⁵. Es importante entender la función que cumple el «Salpinx» en este contexto; es sobre todo la «trompeta» o «cuerno» de guerra⁴⁶. Este instrumento se tocaba a todo volumen, a menudo desde cierta distancia, e incitaba a la destrucción inminente en el campo de batalla. En ese sentido actúa como una especie de fuerza divina⁴⁷. Es más, la importancia simbólica y sobrenatural de la trompeta se confirma por la existencia de un trirreme llamado «Salpinx»⁴⁸. La característica principal del Salpinx, sobre todo con respecto a su capacidad comunicativa, apunta a su vínculo con el poder divino. Pero este instrumento, aparte de su relación con lo sobrehumano o divino, tiene una función específica en la guerra: es el elemento que impone silencio y orden a los hombres⁴⁹. Y la persona que hace sonar este instrumento se transforma de alguna manera en el sonido, es decir, representa la fuerza de la destrucción divina y de esa forma impone

⁴³ Thuc. 2.89. Hornblower 2008, p. 369.

⁴⁴ Hdt. 8.76.

⁴⁵ Thuc. 6.32.

⁴⁶ LSJ 1996, s. v. *σάλπιγξ*. En la *Batracomiomaquia* (200) se lee que los mosquitos «emitieron un trompetazo» (*ἐσάλπιγξαν*), que no es otra cosa que un «grito de guerra» (*πολέμου κτύπον*).

⁴⁷ Nooter 2019, p. 239.

⁴⁸ Hornblower 2008, p. 393.

⁴⁹ Nooter 2019, p. 237.

vulnerabilidad a quienes lo escuchan; ya sea a los soldados que se ven obligados por sus ritmos a atacar a tiempo, o a los enemigos⁵⁰.

Finalmente, Heródoto describe las costumbres de la cultura egipcia basada en los relatos de los sacerdotes. Tras el reinado de un individuo ciego, de nombre Anisis, gobernó un etíope por casi cincuenta años. Una vez que el etíope se marchó de Egipto, volvió a reinar el ciego. En el período en el que reinó el etíope, el ciego vivió en una isla que había hecho con limo (una especie de sedimento del río Nilo) y tierra. El ciego logró sobrevivir todo ese tiempo con los alimentos que le entregaba un egipcio, quien se los proporcionaba en silencio (σιγή) para que el etíope no se diera cuenta⁵¹. La idea de darle los alimentos sin que el etíope se enterara, sin duda que responde al hecho de que tenía miedo de que lo descubrieran realizando un acto que era contrario a la autoridad. Esto significa que se usa el término σιγή para una acción deliberada. Heródoto emplea σιγή para representar a los individuos que conscientemente eligen permanecer en silencio. De modo que este tipo de silencio puede estar motivado por el deseo de mantener el secreto, proteger la información confidencial o ejercer discreción. Desde el punto de vista semántico, este ejemplo muestra que el sustantivo «σιγή» comenzó a usarse para un tipo de silencio premeditado, es decir, corresponde a un tipo de silencio que, ya sea por temor o respeto, refleja la falta de voluntad o renuencia de hablar. En ese sentido, es reveladora la construcción σιγή τινος, «sin decirle a nadie»⁵².

5. Conclusiones

El silencio tiene variadas formas de manifestarse, y como hemos mostrado a lo largo de este estudio, no se trata solo de un fenómeno físico, sino que aparece en otras dimensiones. Y son estas, probablemente, las que otorgan al silencio una fuerza expresiva equiparable, o superior, a la de la ausencia de silencio en varios contextos. A partir de los relatos de Heródoto y Tucídides el silencio adquiere el sentido de una suerte de instrumento de poder para quien sepa utilizarlo. Desde el silencio que no se puede contener cuando están en juego valores supremos como la virtud, hasta el silencio que guarda voluntariamente un egipcio para que nadie se percate de su desobediencia, y hasta la administración del silencio en la guerra, justamente –y paradójicamente– por el Salpinx, un instrumento musical cuya naturaleza precisamente es emitir sonido, pero que, utilizado en el contexto bélico, y tras su silencio, impele a obrar de diversas maneras a los soldados.

Todo esto nos muestra el poder expresivo del silencio. Es evidente también que la administración del silencio puede tener dos niveles. Uno político, donde vimos los ejemplos de los casos de guerra, censura o los actos del *týrannos*, y en el que el poder,

⁵⁰ Nooter 2019, p. 246.

⁵¹ Hdt. 1.45.

⁵² Kazanskaya 2018, p. 182.

condición de este nivel de administración del silencio, permite al tirano manejar completamente el silencio, hacer que aparezca y que desaparezca. El silencio como instrumento en el ejercicio del poder sobre los demás. Pero también hay un nivel personal, en el que el silencio tiene que ver con la voluntariedad y su aparición o desaparición están condicionadas por cuestiones internas, como un valor a defender, o la imposibilidad de callar una verdad y romper el silencio con ella, y por cuestiones externas, como el ejercicio coercitivo de la censura por parte del tirano. Incluso aquel silencio que puede ser «comprado» por alguien con algún regalo. Con todo, el silencio ocupa un lugar interesante y estratégico en las relaciones humanas de diverso orden y su utilización y comprensión en el mundo antiguo puede ayudarnos a utilizar y comprender mejor este fenómeno hoy.

Bibliografía

- Agamben, Giorgio 2012: «Image and silence», *Diacritics* 40, pp. 94-98.
- Basile, Gastón 2015: «Heródoto, V, 19-21: Alejandro I de Macedonia o el cruce de un límite heredado», *Nova tellvs* 32, pp. 173-206.
- Boedeker, Deborah 1987: «The two faces of Demaratus», *Arethusa* 20, pp. 185-201.
- Burkert, Walter 2017: *La creación de lo sagrado*, Barcelona.
- Clinton, Kevin 2004: «Epiphany in the Eleusinian Mysteries», *Classical Studies* 29, pp. 85-109.
- González García, Francisco 1995: «Los pretendientes de Helena: juramentos, sacrificios y cofradías guerreras en el mundo griego antiguo», *Polis: revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad* 7, pp. 145-185.
- Hohti, Paavo 1974: «Freedom of speech in speech sections in the Histories of Herodotus», *Arctos* 8, pp. 19-27.
- Hornblower, Simon 2008: *A Commentary on Thucydides*, Oxford.
- How, Walter 2007: *A Commentary on Herodotus*, Oxford.
- Kazanskaya, Maria 2016: «On Greek and Latin Silences: A Study of the Verbs $\sigma\gamma\tilde{\alpha}\nu$, $\sigma\omega\pi\tilde{\alpha}\nu$, *silēre*», *Historische Sprachforschung / Historical Linguistics* 131, pp. 179-200.
- Lattimore, Richmond 1939: «The Wise Adviser in Herodotus», *Classical Philology* 34, pp. 24-35.
- Liddell, H.S., Scott, R., Jones, H.S. 1996: *A Greek-English lexicon*, Oxford.
- Nooter, Sarah 2019: «The war-trumpet and the sound of domination in ancient Greek thought», *Greek and Roman Musical Studies* 7, pp. 235-249.
- Shapiro, Susan 1996: «Proverbial Wisdom in Herodotus», *TAPhA* 130, pp. 89-118.
- Solère, Jean-Luc 2005: «Silence et philosophie», *Revue philosophique de Louvain* 103, pp. 613-637.